

RETIRO: “ENCUENTRO CON EL SEÑOR”

I.- INTRODUCCIÓN – JACOB: LUCHAR CONTRA DIOS.

(Extraído de las revistas “Orar”, “Dabar”, “La Casa de la Biblia”, material de ACG, y otros)

VER: ENCUENTRO CON UNO MISMO.

“Encontrar” es dar con alguien o con algo que se busca, o incluso sin buscarlo. Y “Encuentro” es una coincidencia o reunión entre dos o más personas. Los retiros de este ciclo pastoral van a tratar sobre diferentes encuentros con el Señor: queremos encontrarle y encontrarnos personalmente con Él, porque el Señor siempre sale al encuentro, se hace el encontradizo, porque nos ama.

Los encuentros son necesarios. La persona es un misterio que únicamente se hace accesible cuando ella misma se comunica saliendo al encuentro de los demás. Y el encuentro sólo es posible cuando se da una correspondencia entre lo que uno comunica y la acogida por parte del otro, creándose un espacio de confianza y entrega mutua.

Toda persona ha llegado a ser lo que es, en buena medida, por los encuentros que se han producido en su vida: Encuentros con la familia, maestros y profesores, con el trabajo, amigos, grupos, Asociaciones, Movimientos... También influyen los encuentros con la naturaleza, con las artes o las ciencias... Encuentros, incluso, con la enfermedad o limitación.

Todo encuentro termina por enriquecer a la persona, aunque sean encuentros desagradables, sobre todo si uno lo sabe situar en su interior, porque todo encuentro con otro afecta a lo más íntimo de la persona humana. El encuentro es un proceso que cambia a los que se encuentran. Después de un encuentro, soy distinto de como era antes.

Para poder encontrarme con el Señor, antes he de encontrarme a mí mismo, he de hacerme consciente de mi propio “yo”. Sin embargo, generalmente no lo soy. Si me observo, descubro que mis pensamientos vagan de un lado para otro, pero que no tengo conciencia de mí mismo.

El primer paso para el encuentro con el Señor consiste en entrar en contacto conmigo mismo. Esto es lo que siempre han enseñado los Padres de la Iglesia. Cipriano de Cartago escribe: “¿Cómo puedes pretender que Dios te escuche, si no te escuchas a ti mismo? Quieres que Dios piense en tí, cuando tú mismo no piensas en tí.” Si no eres consciente de ti mismo, ¿cómo puedes pretender ser consciente de Dios?

Encontrarse a sí mismo significa escuchar al propio y auténtico ser, entrar en contacto con uno mismo, pero también prestar oído a los propios sentimientos y necesidades, a lo que brota en mí. Escucharse a sí mismo, encontrarse con uno mismo y con las propias necesidades es, para Cipriano, la condición necesaria para encontrarse con el Señor. Esto no es una visión psicológica de la fe, es una condición necesaria para no perderme en mis pensamientos y fantasías.

Encontrarme conmigo mismo tampoco significa dar vueltas y vueltas sobre mis problemas, ni analizar mi situación psíquica, sino adentrarme en mi verdadera identidad, encontrar mi verdadero núcleo personal.

A menudo confundimos el núcleo personal con una parte de mi “yo”: el que mis amigos creen que soy, el que mis familiares creen que soy, el que en mi lugar de trabajo o estudio creen que soy... De hecho, sabemos que en la Iglesia nos comportamos de forma distinta a como lo hacemos en el trabajo, y en nuestro hogar de forma distinta a como lo hacemos en público.

Lo cierto es que el verdadero “yo” es un misterio, y abarca más que el resultado de la historia de mi vida, y que el conjunto de mis relaciones, o de todas mis características que me hacen diferente a los demás. Por eso, no es fácil encontrarme conmigo mismo, es necesario un equilibrio entre la mente, el cuerpo y el alma.

Para la reflexión:

- ¿Qué encuentros he tenido que han sido significativos en mi vida?
- ¿Suelo buscar momentos para “encontrarme conmigo mismo”?
- ¿Sabría decir cuál es mi núcleo personal, mi verdadera identidad?

JUZGAR:

ENCUENTRO CON EL SEÑOR.

Para descubrir quién soy yo en mi realidad más profunda, más allá del trabajo personal que debo hacer, necesito darme cuenta de que Dios me llama por mi nombre, que ha pensado en mí desde toda la eternidad y se dirige “a mí”, personalmente.

Quizá para que nos diéramos cuenta de esto, al inicio de la vida pública de Jesús, el Padre manifestó quién era diciéndole en el momento de ser bautizado por Juan: **Tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco** (Mc 1, 11). Estas palabras sintetizan la identidad de Jesús: el Amado del Padre. Y también revelan nuestra identidad más íntima desde nuestro Bautismo.

Frente a las dificultades para encontrarme a mí mismo, frente a las trampas de dejarme llevar por fantasías o infravaloraciones, hay algo que fundamenta la verdad de mi ser: soy el Amado del Padre. Nuestra auténtica verdad es que somos amados, hemos sido amados personalmente, mucho antes de que nuestros padres, familiares, amigos... lo hayan hecho. **"Antes de formarte en el vientre de tu madre te conocí; antes que salieras del seno te amé"** (Jer 1, 5).

Para encontrarme con el Señor, debo convencerme de esta verdad. Cuando nuestra verdad más profunda es que somos los amados, esto se concreta en todo lo que pensamos, decimos o hacemos, y tiene un eco palpable en nuestra manera de relacionarnos, de amar, comer, beber, hablar, trabajar, divertirnos... Y si soy consciente de ser amado por Dios, me sentiré impulsado a desear y buscar el encuentro con el Señor, con Aquél que tanto me ama.

No olvidemos nunca que la fe cristiana no es sólo una doctrina, una sabiduría, un conjunto de normas morales, una tradición, una costumbre social. La fe cristiana es un encuentro vivo, personal y real con Jesucristo. Como dijo el Papa Benedicto XVI. “No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva” (*Deus caritas est*, n. 1).

Y como dice el Papa Francisco en *Evangelii gaudium* 3: “Invito a cada cristiano, en cualquier lugar y situación en que se encuentre, a renovar ahora mismo su encuentro personal con Jesucristo o, al menos, a tomar la decisión de dejarse encontrar por Él, de intentarlo cada día sin descanso. No hay razón para que alguien piense que esta invitación no es para él”.

Ser cristiano es un encuentro, en el cual nos sentimos atraídos por el Señor que nos ama, y mientras nos atrae nos transfigura, descubriendonos dimensiones nuevas de nuestra identidad más profunda y, a la vez, haciéndonos partícipes de la vida divina.

El encuentro con el Señor no deja nada como era antes, y nos hace capaces de hacer cosas nuevas y de dar testimonio de amor.

Para la reflexión:

- ¿Me siento amado personalmente por el Señor? ¿Cómo se concreta esto en mi vida?
- ¿Recuerdo haber tenido algún encuentro con el Señor? ¿Cómo ha influido en mi vida?

JACOB: LUCHAR CONTRA DIOS EN LA NOCHE.

Aunque el amor esté presente, no es fácil el encuentro con uno mismo, ni el encuentro con los demás; por tanto, tampoco es fácil el encuentro con el Señor. En todo encuentro no faltan las pruebas, a veces muy duras. El encuentro con el Señor supone un proceso espiritual, y la tradición ha visto con frecuencia representado el combate espiritual en la lucha de Jacob con el misterio de Dios. En esta narración podemos ver simbolizado el empeño necesario para dilatar nuestro corazón y abrirlo al encuentro con el Señor.

Gn 32, 22-32:

²²Él pasó aquella noche en el campamento. ²³Todavía de noche se levantó Jacob, tomó a las dos mujeres, las dos criadas y los once hijos, y cruzó el vado de Yáboc. ²⁴Después de tomarlos y hacerles pasar el torrente, hizo pasar cuanto poseía. ²⁵Y Jacob se quedó solo.

Un hombre luchó con él hasta la aurora. ²⁶Y viendo que no podía a Jacob, le tocó la articulación del muslo y se la dejó rígida mientras peleaba con él. ²⁷El hombre le dijo: «Suéltame, que llega la aurora». Jacob respondió: «No te soltaré hasta que me bendigas». ²⁸Él le preguntó: «¿Cómo te llamas?». Contestó: «Jacob». ²⁹Le replicó: «Ya no te llamarás Jacob, sino Israel, porque has luchado con Dios y con los hombres, y has vencido». ³⁰Jacob, a su vez, preguntó: «Dime tu nombre». Respondió: «¿Por qué me preguntas mi nombre?». Y le bendijo.

³¹ Jacob llamó aquel lugar Penuel, pues se dijo: «He visto a Dios cara a cara y he quedado vivo». ³²Cuando atravesaba Penuel, salía el sol y él iba cojeando del muslo.

Jacob le había quitado a su gemelo Esaú la primogenitura, a cambio de un plato de lentejas y después recibió con engaños la bendición de su padre Isaac, que en ese momento era muy anciano, aprovechándose de su ceguera. Huido de la ira de Esaú, se refugió en casa de un pariente, Labán; se había casado, se había enriquecido y volvía a su tierra natal.

Pero teme el encuentro con su hermano Esaú. Aquella noche podía perfectamente ser la última de su vida. Se retira y se queda solo para reflexionar y buscar consuelo en Dios.

La noche es, para Jacob, el momento favorable para actuar a escondidas, para entrar en el territorio del hermano sin ser visto y tomar por sorpresa a Esaú. Sin embargo es él el sorprendido por un ataque imprevisto, para el que no estaba preparado. Pensaba tener todo bajo control, y sin embargo, se encuentra ahora teniendo que afrontar una lucha misteriosa que lo sorprende en soledad y sin darle la oportunidad de organizar una defensa adecuada. Indefenso, en la noche, el Patriarca Jacob lucha contra alguien.

Es difícil percibir no sólo la identidad del asaltante de Jacob, sino también cómo se ha desarrollado la lucha, quién de los dos contrincantes lleva las de ganar. Cuando parece que uno de los dos va a prevalecer, la acción sucesiva desmiente esto y presenta al otro como vencedor.

El adversario “no conseguía vencerlo”; y finalmente golpea a Jacob **le tocó la articulación del muslo y se la dejó rígida mientras peleaba con él**. Se podría pensar que Jacob sucumbe. Pero el adversario le pregunta su nombre y él le responde: “Jacob”. Aquí la lucha da un giro importante.

Conocer el nombre de alguien, implica una especie de poder sobre la persona, porque el nombre, en la mentalidad bíblica, contiene la realidad más profunda del individuo. Conocer el nombre de alguien quiere decir conocer la verdad sobre el otro y esto permite poderlo dominar. Por tanto, cuando Jacob revela su nombre, se está poniendo en las manos de su adversario, es una forma de entregarse, de rendirse.

Pero aunque es un gesto de rendición, también Jacob resulta vencedor, paradójicamente, porque recibe un nombre nuevo. “Jacob” significa “astuto”, “usurpador”, “suplantador”; y ahora, tras la lucha con Dios, Jacob se convierte en Israel, que significa “vencedor de Dios”.

Al final de la lucha, y recibida la bendición, Jacob puede finalmente reconocer al otro, a Dios. Ahora puede atravesar el vado, llevando un nombre nuevo, ha soportado la prueba de la fe y ha salido airoso aunque “herido”, marcado para siempre por Dios, cojeando por la herida recibida.

Como Jacob, también nosotros tenemos nuestras “noches”. Pueden deberse a diferentes factores que nos sumergen en el abatimiento: un cambio de trabajo, vivido como particularmente dificultoso, los frutos escasos o nulos en la actividad apostólica, la experiencia del fracaso, el sentirse rechazado, la soledad y el aislamiento, la incomprendición y la ingratitud...

Otras veces nuestras noches se deben a una grave enfermedad, crisis afectivas, o duelos y penas que uno siente que le desgarran y que todo se hunde a tu alrededor. Y con ello aparece la aridez espiritual: Dios ya no te dice nada. Aparece el tedio y el hartazgo por las cosas de Dios, y tú ya no encuentras ningún gusto en sus cosas ni ningún sentido a lo que estás haciendo.

Cada cual tiene sus noches oscuras, dolorosas. Pueden ser escasas, pero también pueden ser frecuentes; pueden sorprenderte de improviso y desaparecer enseguida; pueden atormentarte durante largos periodos de tiempo. Cada uno tiene sus noches de una forma distinta y con diferente intensidad, pero lo común a todos es que, en la noche, Dios se convierte en tu adversario, como un «no» continuo a tus planes y deseos.

Pero la noche es un paso obligado para llegar al alba, para recibir un nombre nuevo. La noche es una prueba que deja en una situación muchas veces insostenible. Quienes se han atrevido a describir esos momentos han hablado de lucha encarnizada. Pero, mirando luego hacia atrás, la han considerado fecunda.

Hay una condición para la fecundidad de la noche: la perseverancia. Es necesario no huir de la prueba, no evadirse con la televisión o con internet, ni caer en adicciones o compensaciones afectivas, ni llenar nuestro tiempo con una actividad febril.

Si Jacob hubiera vuelto sobre sus pasos, no habría estado en condiciones de entrar en la tierra prometida, ni habría recibido un nombre nuevo. Quien no tiene el coraje de perseverar en la lucha contra Dios, en la aridez y en la soledad, cae en la amargura, en la insatisfacción consigo mismo, con su trabajo y sus prójimos, en el escepticismo.

Luchar contra Dios, como Jacob, significa no darse por vencido fácilmente cuando las circunstancias nos son adversas. Significa no responder a la ligera diciendo comodamente: “¡Será señal de que Dios no quiere esto!” Nuestra apatía a veces se disfrazza de abandono en la voluntad de Dios, pero en el fondo es sólo pereza, y falta de fe.

En la noche hay que luchar contra Dios, como Jacob, y no rendirse a las primeras de cambio, porque Dios cuenta con nuestra lucha y no espera que nos demos por vencidos antes de tiempo. Jacob nos enseña que hay que seguir luchando contra Dios en la noche, y toda la noche si hace falta, y amenazarle con que no le vamos a soltar.

Para la reflexión:

- ¿Qué me llama la atención de este texto del Génesis?
- ¿Cuáles han sido, o son, “mis noches”? ¿Sé a qué se deben?
- ¿Alguna vez he sentido a Dios como “mi adversario”? ¿Por qué?
- ¿Me he atrevido a luchar contra Dios? ¿He perseverado, o he abandonado?

ACTUAR:

Individualmente y como Iglesia, es urgente favorecer el encuentro con el Señor, como base y fundamento de la necesaria renovación de nuestra Iglesia diocesana, de sus miembros y comunidades parroquiales. La conversión pastoral y misionera de toda nuestra Iglesia, que nos pide el Papa Francisco, pide necesariamente la conversión y la renovación espiritual de quienes somos y formamos la Iglesia, mediante el encuentro personal con el Señor.

Y ha de ser un encuentro en profundidad, incluso una lucha si es necesario, para que este encuentro avive nuestra fe y vida cristiana, nuestra condición de discípulos misioneros, nuestro amor a la Iglesia. Hay que luchar para que el encuentro nos dé “un nuevo nombre”, para que descubra e impulse la vocación, la misión específica que cada uno hemos recibido, sea como presbíteros, religiosos o laicos.

Y cuando el encuentro con el Señor se produce a lo largo de la noche, y adquiere la forma de una lucha, el arma con la que es posible luchar contra Dios es la oración. Pero, si hay algo difícil cuando atravesamos una de nuestras noches, es precisamente la oración, porque entonces se nos muestra como inútil, insípida, sin sentido y hasta la rechazamos. Pero como hemos dicho, hay que perseverar y no “soltar a Dios”, porque la oración es la última trinchera decisiva.

La lucha de Jacob contra Dios en la noche es un punto de referencia para afrontar nuestro encuentro con el Señor. La oración exige confianza, cercanía, casi un “cuerpo a cuerpo” con un Dios que aparece como adversario, pero que en realidad es un Señor que bendice.

La oración “combativa”, “luchadora”, conlleva fuerza de ánimo, perseverancia, tenacidad, y a la vez reconocimiento de la propia debilidad. En esta lucha, Dios es quien lleva la iniciativa, es Él quien te pide que te atrevas a soltar las manos del volante de tu existencia y le dejes a Él llevarla por sus caminos, con sus criterios y con su sabiduría.

Es cierto que, al luchar contra Dios, Él nos golpea en nuestras presunciones y seguridades y nos hace cojear; pero es mejor ir cojeando detrás del Señor que ir a la carrera por nuestros caminos que no llevan a ninguna parte. El auténtico discípulo y apóstol es alguien que intenta vivir en santidad, aunque va cojeando por los caminos de Dios, y ha sido capacitado para introducir a otros en el camino que conduce a la Vida.

Como escribió Éloi Leclerc en su libro “*El pueblo de Dios en la noche*”, quien ha luchado durante toda la noche con uñas y dientes contra Dios, ése no reemprende su camino si no es cojeando. Pero ahora sabe que el Señor se manifiesta también en la pobreza de una existencia herida y que habita en un corazón quebrantado, porque el corazón quebrantado deja a Dios ser Dios.

El encuentro personal con el Señor no es un episodio puntual y pasajero de la vida cristiana, sino algo permanente en la vida de todo cristiano. El encuentro con el Señor debe ser renovado, alimentado, sostenido y profundizado en la oración personal y comunitaria, en la celebración y recepción de los Sacramentos de la Eucaristía y de la Reconciliación, en la adoración y contemplación Eucarística, en la escucha orante de la Palabra de Dios, en la formación cristiana, en la vida de la comunidad parroquial y eclesial, en la caridad, en el compromiso asumido como respuesta a todo lo anterior.

El Papa Benedicto XVI dice que toda nuestra vida es como esta larga noche de lucha y de oración, deseando y pidiendo la bendición a Dios, una bendición que no puede ser arrancada o conseguida sólo con nuestras fuerzas, sino que debe ser recibida con humildad de Él, como un don gratuito que permite, finalmente, reconocer el rostro de Dios.

Y cuando esto sucede, toda nuestra realidad cambia, y recibimos un nombre nuevo. Aquél que se deja bendecir por Dios, se abandona a Él y se deja transformar por Él. Pidamos al Señor que nos encontremos con Él, que nos ayude a luchar con Él, para que nos renueve y renueve su Iglesia.

Para la reflexión:

- ¿Qué hace falta, individualmente y como Iglesia, para favorecer el encuentro personal con el Señor?
- ¿Mi oración es “combativa y luchadora”?
- Al luchar contra Dios, Él nos golpea en nuestras presunciones y seguridades y nos hace cojear; pero es mejor ir cojeando detrás del Señor que ir a la carrera por nuestros caminos que no llevan a ninguna parte. ¿En alguna ocasión el Señor me ha dejado “cojeando”?
- El encuentro con el Señor debe ser renovado, alimentado, sostenido y profundizado en la oración personal y comunitaria, en la celebración y recepción de los Sacramentos de la Eucaristía y de la Reconciliación, en la adoración y contemplación Eucarística, en la escucha orante de la Palabra de Dios, en la formación cristiana, en la vida de la comunidad eclesial, en el compromiso asumido como respuesta a todo lo anterior. Elijo una de estas opciones para profundizar especialmente en ella a lo largo de este curso y favorecer mi encuentro personal con el Señor.

RETIRO: “ENCUENTROS CON EL SEÑOR”

I.- INTRODUCCIÓN – JACOB: LUCHAR CONTRA DIOS

(Extraído de las revistas “Orar”, “Dabar”, “La Casa de la Biblia”, material de ACG, y otros)

VER: ENCUENTRO CON UNO MISMO.

- ¿Qué encuentros he tenido que han sido significativos en mi vida?
- ¿Suelo buscar momentos para “encontrarme conmigo mismo”?
- ¿Sabría decir cuál es mi núcleo personal, mi verdadera identidad?

JUZGAR – ENCUENTRO CON EL SEÑOR.

- ¿Me siento amado personalmente por el Señor? ¿Cómo se concreta esto en mi vida?
- ¿Recuerdo haber tenido algún encuentro con el Señor? ¿Cómo ha influido en mi vida?

JUZGAR – JACOB: LUCHAR CONTRA DIOS EN LA NOCHE

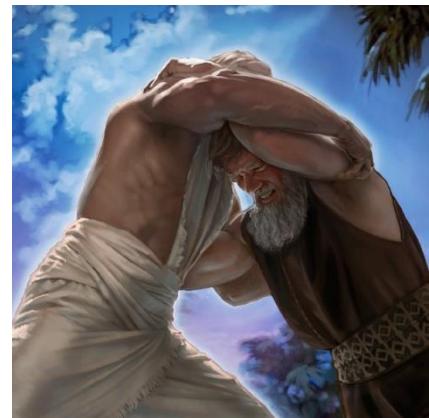
Gn 32, 22-32:

²²Él pasó aquella noche en el campamento. ²³Todavía de noche se levantó Jacob, tomó a las dos mujeres, las dos criadas y los once hijos, y cruzó el vado de Yáboc. ²⁴Después de tomarlos y hacerles pasar el torrente, hizo pasar cuanto poseía. ²⁵Y Jacob se quedó solo.

Un hombre luchó con él hasta la aurora. ²⁶Y viendo que no podía a Jacob, le tocó la articulación del muslo y se la dejó rígida mientras peleaba con él. ²⁷El hombre le dijo: «Suéltame, que llega la aurora». Jacob respondió: «No te soltaré hasta que me bendigas». ²⁸Él le preguntó: «¿Cómo te llamas?». Contestó: «Jacob». ²⁹Le replicó: «Ya no te llamarás Jacob, sino Israel, porque has luchado con Dios y con los hombres, y has vencido». ³⁰Jacob, a su vez, preguntó: «Dime tu nombre». Respondió: «¿Por qué me preguntas mi nombre?». Y le bendijo.

³¹Jacob llamó aquel lugar Penuel, pues se dijo: «He visto a Dios cara a cara y he quedado vivo».

³²Cuando atravesaba Penuel, salía el sol y él iba cojeando del muslo.



- ¿Qué me llama la atención de este texto del Génesis?
- ¿Cuáles han sido, o son, “mis noches”? ¿Sé a qué se deben?
- ¿Alguna vez he sentido a Dios como “mi adversario”? ¿Por qué?
- ¿Me he atrevido a luchar contra Dios? ¿He perseverado, o he abandonado?

ACTUAR:

- ¿Qué hace falta, individualmente y como Iglesia, para favorecer el encuentro con el Señor?
- ¿Mi oración es “combativa y luchadora”?
- Al luchar contra Dios, Él nos golpea en nuestras presunciones y seguridades y nos hace cojear; pero es mejor ir cojeando detrás del Señor que ir a la carrera por nuestros caminos que no llevan a ninguna parte. ¿En alguna ocasión el Señor me ha dejado “cojeando”?
- El encuentro con el Señor debe ser renovado, alimentado, sostenido y profundizado en la oración personal y comunitaria, en la celebración y recepción de los Sacramentos de la Eucaristía y de la Reconciliación, en la adoración y contemplación Eucarística, en la escucha orante de la Palabra de Dios, en la formación cristiana, en la vida de la comunidad eclesial, en el compromiso asumido como respuesta a todo lo anterior. Elijo una de estas opciones para profundizar especialmente en ella a lo largo de este curso y favorecer mi encuentro personal con el Señor.

Mi bendición

I

Al rayar el alba, cuando amaneció ahí estaba la escena
que me impresionó, un ángel preso de Jacob
que por su bendición luchó y nunca se rindió.

II

No soltaba al ángel, él mucho insistió
no saldría de allí sin su bendición
en sus manos de tanto que insistió Jacob
el ángel le tocó y su bendición él recibió.

Coro

Necesito bendición no voy a desistir.
Sin ella yo no voy a salir de aquí.
Quiero tu bendición, no te voy a soltar.
Y aunque toques el encaje de mi muslo
nada va impedir la unción de Dios sobre mí. (bis)



<https://www.youtube.com/watch?v=Lk3VW27Zjtk>